

*Descubre el misterio
que se oculta en la antigua carta
de un maestro sufi.*

LA PROFECÍA DEL DESIERTO

ANA BALLABRIGA
DAVID ZAPLANA



Una misteriosa carta, escrita por un maestro sufí.

Un hombre y una mujer dispuestos a poner en riesgo sus vidas para desentrañar un misterio milenario.

Mahmed, un cetrero que trabaja para un príncipe saudí, y Nur, una famosa bailarina árabe, serán obligados por la organización secreta de los cármatas a unir su ingenio y sus conocimientos para descubrir qué oculta una antigua carta escrita por el maestro sufí, Ibn Arabi. Para ello, deberán seguir los pasos señalados por el filósofo a lo largo de un peligroso viaje por Oriente Próximo, perseguidos por el sádico príncipe saudí que pretende arrebatarse el ansiado tesoro: un arma muy poderosa que convertirá a quien la consiga en el Mahdi, el nuevo mesías que gobernará sobre todos los musulmanes.

La profecía del desierto supone la renovación de las novelas de aventuras sobre búsqueda de reliquias históricas. En este caso, los misterios versan sobre sociedades secretas árabes y sobre el islam.

*A Carmen y a Héctor,
porque gracias a vosotros todo tiene más
sentido.*

*A Paqui y a Jesús, a Diego y a Concha,
por ser un ejemplo de lucha.*

«La libertad no es escoger entre dos opciones
sino tener la oportunidad de avanzar hacia una
tercera que no conocemos».

Hannah Arendt

«No llegarán los días y las noches a su fin, sin
que Dios envíe un hombre de mi descendencia,
cuyo nombre es como el mío, para colmar la
Tierra con justicia».

Ibn Arabi

«Si se acuesta una noche ignorante, avaro,
cobarde, se levantará a la mañana siguiente
siendo el más sabio, generoso y valiente. Dios
le pondrá en su punto en una sola noche».

Ibn Maya

Capítulo 1

Una dura resaca



Riad, Arabia Saudí

Toc, toc, toc.

Los golpes precedieron a la consciencia, que estalló acompañada de un dolor de cabeza punzante y agudo, como el pico de un buitre que desgarrar el último aliento de su presa.

¿Qué había pasado la noche anterior? Debió de obsesarse con una buena cogorza para merecer ahora esa penitencia.

¡Pon, pon, pon!

Tres golpes de nuevo, esta vez más fuertes, más encrepados, más violentos.

Se presionó las sienes con los índices, como si estuvieran rematados con agujas hipodérmicas dispuestas a inyectar un analgésico, sin embargo, el contacto de sus robustos dedos resultó frío y pegajoso.

¡Por mil djinns! ¿Qué es esto?

¡Pon, pon, pon!

Un escalofrío le sacudió los músculos. Notó su cuerpo húmedo y un hedor desagradable y empalagoso. ¿Había vomitado en la cama? No recordaba nada de la noche anterior. ¿Había salido de juerga por Baréin?

—*¡Astagfirullah!* —con la boca seca, pidió perdón a *Allah* por beber tanto.

Sus párpados parecían lacrados por el alcohol y el cansancio. Con un nuevo esfuerzo, consiguió separarlos y descubrió sus manos rígidas, desdibujadas contra la luz de la ventana. El dolor de cabeza se acentuó y con suaves caricias masajeó los ojos para adaptarlos a la claridad. Poco a poco, distinguió la forma de unas manos recias, llenas de callos y cicatrices que delataban una vida aventurera. El color no era el tostado de su piel, sino un bermellón, el color encendido de la sangre.

¡Por cien mil djinns!

Incorporado en la cama, miró alrededor. Era la habitación de un hotel y la cama le recordó a un remanso de las aguas del Nilo después de la primera plaga de Egipto.

¿Aquella sangre era suya?

De forma automática se palpó el cuerpo buscando un corte, un agujero, la falta de algún miembro. Deslizó la mano hasta la entrepierna y espiró aliviado. Lo más importante seguía en su sitio.

¡Pon, pon, pon!

—*¡Abra la puerta!*

Se puso en pie y entonces la vio, un rostro angelical, pálido como una estatua griega, con los párpados tan abiertos que parecían escupir dos ojos azules agostados, sin vida; su cuerpo era una montaña rusa del erotismo, con pronunciadas curvas que modelaban los pechos y las voluptuosas caderas. La sensualidad desapareció al llegar a su vientre rajado y abierto, que todavía derramaba las últimas gotas de sangre sobre un órgano extirpado y escabrosamente colocado a su lado, el corazón.

¡Por un millón de djinns!

Mahmed retrocedió un paso y estudió con incredulidad sus presuntas manos asesinas. Una idea horrible le pasó por la cabeza.

¿Quién es esta chica? ¿La he matado yo? ¿Qué ha pasado esta noche?

¡Pon, pon, pon!

–¡Policía! ¡Abra ahora mismo!

La identificación de quien aporreaba la puerta le causó otro escalofrío. Daba igual quién la hubiera matado, si lo encontraban allí, bañado en sangre y con un cadáver en la cama, lo acusarían de asesinato. Y en Arabia Saudí no se andaban con tonterías, la pena por robo era cortar las manos; por asesinato, la cabeza.

Su esmoquin, tirado sobre la silla, representaba la piel de un cuerpo vacío, sin forma ni esperanza. De un salto se enfundó los pantalones, buscó los zapatos y deslizó los brazos en la camisa y la chaqueta.

El dolor de cabeza no remitió, aunque el miedo hizo que su mente funcionara a toda velocidad. La noche anterior estuvo en una fiesta organizada por el príncipe Abdul-Rahman, el ministro de la Guardia Nacional, el mismo que pagaba sus servicios desde hacía casi dos años. Aunque el alcohol y las drogas estaban prohibidos en el país, nunca faltaban en esas fiestas; tampoco las mujeres, todas extranjeras, actrices y modelos dispuestas a adjudicar sus caricias al mejor postor.

¿Sería la chica de la cama una prostituta contratada por el príncipe?

¡Pon, pon, pon!

–¡Abra o tiraremos la puerta abajo!

–Me estoy vistiendo –respondió–. ¡Ya voy!

Se lavó la cara y las manos, mientras forzaba su cerebro para buscar una salida de aquella situación desesperada. Observó su rostro curtido por el sol, casi oculto tras una espesa barba negra; su nariz aguileña le confería un aire aristocrático y sus ojos verdes, heredados de su madre,

contrastaban con el pelo largo azabache enmarañado y sucio de sangre.

Escuchó un golpe fuerte en la entrada de la habitación. Otro más. Al tercero, la puerta cedió y golpeó la pared. Estaban dentro.

Echó la mano a la cintura en busca de su cuchillo, que no encontró, claro, no iba a juego con el esmoquin. Pegó la espalda a los azulejos. Un revólver atravesó el umbral del baño, como remate de un brazo enfundado en un uniforme gris. Mahmed no lo pensó, tiró con tanta fuerza del brazo que lo partió contra el marco de madera. El crujido y el grito estallaron a la vez. La mano soltó el arma, que él recogió al vuelo. Arrastró al policía, que sollozaba de dolor, lo sujetó por el cuello y abandonó el aseo encañonándole el mentón. Otros dos agentes le apuntaban sin saber qué hacer.

–¡Tirad las armas o le vuelo la cabeza! –gritó él.

–¡Tírala tú o no saldrás de aquí con vida! –respondió uno de los invasores.

Entonces escucharon un estruendo en el mirador. Tras los cristales apareció una moto voladora con otro policía, ataviado con casco en vez de boina. Alguien que no conociera el país pensaría que estaban rodando una película futurista, pero Mahmed sabía que a los árabes les gustaba mucho la tecnología y siempre querían estar a la última. Emiratos Árabes fue el primer país en poner motos voladoras al servicio de sus fuerzas de seguridad en 2018. Arabia Saudí compró otras más modernas, equipadas con turbinas en lugar de hélices, capaces de alcanzar más velocidad y altura.

El agente aéreo desenfundó su arma y lo encañonó.

–¡Tire el revólver! ¡Está rodeado!

Mahmed apuntó a la moto y apretó el gatillo. El cristal de la ventana estalló en mil pedazos y el vehículo descendió, evitando el impacto. El viento caliente invadió la habitación y dejó sin efecto el aire acondicionado.

–¡Tirad las armas o lo mato! –repitió él y para demostrar que no bromeaba, disparó contra la oreja de su rehén. Los trozos de lóbulo y la sangre salpicaron a los otros dos policías que soltaron las pistolas y levantaron las manos.

Mahmed empujó al rehén contra sus compañeros, que trastabillaron, mientras él corría hacia la salida. El agente volador recuperó su posición y comenzó a practicar su puntería. Mahmed respondió al fuego enemigo en su mismo idioma. Uno de los policías aprovechó el descuido y le tiró el arma de un puñetazo. Mahmed le propinó un cabezazo en la nariz y el otro retrocedió aturdido. Él se situó a su espalda y lo atrapó por el cuello. El jinete del Pegaso disparó de nuevo, dos balas impactaron contra el pecho del guardia que le servía de escudo, y le arrancaron la vida con un grito de horror. Mahmed lo sujetó para que no se desplomara y, con el cuerpo al hombro, corrió hacia el mirador y lo lanzó contra la moto voladora. El piloto, enredado con el cadáver de su colega, se despeñó y quedó colgado de un cable de seguridad. La moto permaneció unos segundos en el aire antes de descender de forma automática.

Cuando Mahmed se dio la vuelta, los dos policías del interior le apuntaban con sus revólveres.

–¡No te muevas! –le ordenó el que quedaba indemne.

Mahmed estaba pegado al mirador del último piso, a su espalda había una caída que le rompería todos los huesos. Observó a los policías. Uno de ellos lucía el uniforme manchado de sangre y su brazo derecho colgaba desmadejado; le apuntaba con la izquierda, una mano temblorosa que difícilmente daría en el blanco. Su compañero, sin embargo, estaba sereno y lo encañonaba con precisión. Mahmed no lo alcanzaría antes de que le abriera dos o tres nuevos orificios en el cuerpo.

Solo tenía una salida posible. Saltó a la moto voladora, que había descendido un par de metros. Sus piernas resbalaron sobre el asiento y sus manos consiguieron aferrar-

se a los puños para no caer. La moto avanzó hacia el edificio; iba a estrellarse. Tensó los músculos y de un empujón consiguió subir el cuerpo y acostarse en la posición ergonómica para la que fue diseñada. Giró el manillar y apretó el puño, evitando chocar contra las cristalerías en el último segundo. Sonaron varios tiros; la moto perdió potencia y descendió. El policía que colgaba del cable disparaba contra él y había destruido una o más de las turbinas. La moto cayó sin control, describiendo una espiral.

Su vida pasó ante sus ojos como escenas de una película, su infancia en Irak, la adolescencia en España, los viajes por África, América del Sur, Asia...

Cuando decidió sentar cabeza, Mahmed compró una granja cerca de un lago en el barranco Mostallón, en el Pirineo español. Montó una escuela de cetrería donde ofrecía además sus servicios como veterinario a los pueblos de alrededor. Ganó varios premios importantes con sus rapaces y logró un nombre en ese mundillo, sin embargo, los tentáculos de la crisis alcanzaron al valle de Tena y tuvo apuros para pagar la hipoteca. No quería pedir dinero a sus padres ni vender la granja, por eso aceptó la oferta de empleo que recibió a través de la Asociación Española de Cetrería. Nunca había estado en Arabia Saudí y le producía rechazo por lo poco que conocía, pero las condiciones económicas eran muy interesantes. En cinco años tendría la granja pagada y regresaría a España sin preocupaciones por el dinero.

Un graznido lo sacó de la ensoñación con esperanzas renovadas. La moto caía cada vez con más velocidad. En cuclillas sobre el sillón, emitió un silbido estridente. Cuando estaba a unos diez metros de altura, saltó en el aire y dobló los brazos sobre la cabeza. Unas alas surgieron de su espalda y batieron con increíble potencia; unas garras poderosas aferraron sus antebrazos y le destrozaron la camisa al clavarse sobre los brazaletes de cuero que siempre llevaba puestos.

Era Mitra, su *toghrol*, una rapaz de alta alcurnia conocida a través de los escritos de los antiguos persas. Fue un regalo de su abuelo, cinco años atrás, en un intento de hacer las paces. La curiosidad le obligó a aceptar el huevo que llegaba desde Kufa dentro de una incubadora. Aunque había oído hablar de los *toghroles*, nunca los había visto, eran un mito en el mundo de la cetrería. Decían que el *toghrol* era un águila tan grande como la real, pero mucho más noble. Las águilas son muy agresivas, poco adecuadas para colaborar con el humano. Al principio, el *toghrol* también lo era, pero cuando establecía el vínculo con una persona, se convertía en un compañero tan fiel como un perro.

El golpe de sus pies contra el suelo lo devolvió a la realidad. Mitra lo soltó y él dio una voltereta para no dañarse las piernas. Las largas y anchas alas del *toghrol* le habían salvado la vida.

La moto y el policía se estrellaron a poca distancia y la explosión derribó a Mahmed sobre el asfalto. Mitra aprovechó la columna de aire caliente para elevarse.

Mahmed corrió con el móvil en la mano y pronunció el nombre de un contacto:

–Alberto, embajador. –El teléfono marcó el número y no tardó en escuchar la conocida voz al otro lado de la línea—. ¡Estoy metido en un lío muy grande! –gritó—. Necesito que me saques de aquí.

–Está bien –contestó el embajador español—. ¿Dónde estás?

–Muy cerca de la Torre del Reino.

–Perfecto, dirígete a la torre. En cinco minutos un helicóptero te recogerá en la azotea del centro comercial.

–Recibido.

El calor era agobiante y sudaba a chorros. Algunos hombres sentados en las aceras, a la sombra, grababan la escena con los móviles; otros estaban de pie para tener mejor perspectiva. No había ni una mujer.

Dos motos voladoras aparecieron en el aire y las sirenas de varios coches de policía sonaban cada vez más cercanas. Los agentes aéreos dispararon, mientras los mirones se escondían en los portales.

Estalló un graznido y Mitra cayó como una exhalación sobre uno de los pilotos. Agarró su casco y le hizo perder el control, arrastrándolo contra la otra moto. Chocaron en el aire y se estrellaron cerca del Kingdom Center.

El diseño futurista del centro comercial estaba rematado con dos cuernos unidos por un puente panorámico, que lo asemejaba a la Torre Oscura de *El Señor de los Anillos*. Aquel edificio era el símbolo del poder de un país muy rico, anclado en tradiciones medievales, uno de los países más opacos y represores del mundo.

Mahmed atravesó la puerta cuando los coches de policía estaban a punto de alcanzarlo. Sintió un gran alivio al disfrutar del aire acondicionado, mientras accedía a un espacio diáfano, con tiendas, terrazas y pasarelas. Era uno de los pocos lugares donde las mujeres disfrutaban de un mínimo de libertad. Todas parecían iguales, cubiertas con la *abaya* y el *niqab*, convertidas en fardos oscuros, siempre vigiladas por un acompañante masculino. Aun así, algunas jóvenes lograban darles esquinazo e intercambiar los números de teléfono con los chicos.

—¡Alto, policía!

Mahmed ignoró los gritos y corrió como alma que lleva el diablo hacia las escaleras mecánicas. Avanzó entre la muchedumbre asustada. Alcanzó el segundo piso y agarró un extintor, mientras los policías lo perseguían a pocos metros de distancia. Buscó la salida de emergencia que conducía a la azotea y reventó la puerta con el extintor. Lo lanzó contra los agentes y derribó a uno de ellos. Al salir, Mahmed descubrió con satisfacción el helicóptero que descendía lentamente. El torbellino de aire de las aspas lo empujaba hacia atrás y le obligaba a cerrar los ojos para avanzar.

–¡Alto, policía! –los gritos retumbaron a pocos metros de su espalda, tensó los músculos y saltó sobre una de las patas del helicóptero. Frente a él estaba sentado Abdallah, un beduino de casi dos metros, el jefe de la Guardia Nacional y la persona de confianza del príncipe Abdul-Rahman. Abdallah extendió la mano con una sonrisa y Mahmed la aceptó, agradecido. Los policías alcanzaron la terraza y sonó un disparo. Un graznido precedió a un rayo que cayó del cielo en forma de águila y le arrancó el arma al policía. Mitra remontó el vuelo, pero un halcón la atacó por sorpresa y la derribó por el lateral del edificio convertida en un ovillo de plumas. En circunstancias normales, ningún halcón era rival para un águila, su única oportunidad era golpearla en algún punto crucial para partirla el cuello o un ala. En esta ocasión la había pillado desprevenida. ¿Estaría muerta?

Abdallah lo miró con una sonrisa perversa. Además del jefe de la Guardia Nacional, era el halconero mayor del príncipe. Mahmed le había enseñado muchas cosas y había aprendido otras de él, heredadas de las tradiciones de los beduinos. Ante aquella sonrisa, Mahmed comprendió que era suyo el halcón que había atacado a Mitra y que el príncipe Abdul-Rahman le había tendido una trampa. Lo habían emborrachado o quizás drogado en la fiesta, para después trasladarlo al hotel donde habían dispuesto la escena del crimen con la chica.

Solo quedaba una incógnita. ¿Quién era la muerta? ¿La habían asesinado solo para inculparlo a él?

Miró a Abdallah con resignación, mientras este abría la mano y lo tiraba del helicóptero de una patada. No lo culpaba, al fin y al cabo, solo cumplía órdenes.

Un grupo de policías lo esperaba con los brazos en alto; sus manos férreas le aprisionaron el cuello, los hombros y las piernas. Lo tumbaron boca abajo y notó en la cara el golpe del suelo abrasador, a la vez que los grilletes sellaban sus extremidades, inmovilizándolo por completo.

Capítulo 2

La *darbuka* y el *nay*



Granada, España

El suave tul acariciaba la cintura desnuda de Nur. La percusión de la *darbuka* marcaba el ritmo de sus movimientos, suaves al principio, con más intensidad al comenzar la melodía aflautada del *nay*. La música evocaba la época remota cuando los musulmanes eran dueños de las casas y los negocios del Albaicín, evocaba recuerdos antiguos y exóticos, ecos de otras tierras y otras épocas.

La música y su cuerpo se fundieron para convertirse en un velo tan ligero y brillante como la escasa tela que la cubría.

Ella era una *mutasawwif*, una estudiante de sufismo. Algunos maestros, como el poeta y místico Yalal ad-Din Muhammad Rumi, habían demostrado el poder de la danza para alcanzar el éxtasis religioso.

No sentía las miradas fijas en ella, en sus caderas cantarinas gracias al cinturón de monedas, en sus pechos palpitantes dentro del sujetador de pedrería, en sus manos que

serpenteaban como llamas de una hoguera. Los hombres la deseaban, enajenados por los movimientos sensuales de su cuerpo esbelto y musculoso; las mujeres la observaban con envidia y admiración, estudiando con interés cada vibración, cada giro, buscando el truco que le permitía realizar aquellos movimientos imposibles para ellas.

Nur, la mejor bailarina árabe del mundo según varias publicaciones internacionales, vibraba con su danza sumida en un estado hipnótico; su alma ascendía en busca de *Allah*, mientras su cuerpo reaccionaba al mandato de cada nota.

Un hombre corpulento, de pelo rubio cortado al cepillo, entró en la sala y aprovechó la ventaja de su altura para clavar en Nur su mirada azul glacial, como un tigre al acecho. Avanzó con pasos enérgicos en dirección al escenario, golpeando algunas mesas que regó con la bebida. El guardia de seguridad abandonó el rincón y gritó para detenerlo, pero el gigante alcanzó el escenario con un par de zancadas. Los músicos desafinaron al intuir el peligro. Nur, de espaldas, con los brazos ondeando como dos serpientes encantadas y su cuerpo vibrando con cada golpe de percusión, representaba una metáfora de la propia música.

Una mano férrea se ciñó sobre su muñeca. La música murió en un silencio turbador mientras intentaba zafarse de las tenazas que la apresaban. Estaba molesta, aunque no preocupada. Le había ocurrido en otras ocasiones, cuando algún borracho creía que los billetes que rebosaban su cartera le daban derecho a tomarse licencias con ella, solo por bailar con ropa sensual, solo por moverse de manera insinuante.

El guardia sujetó al intruso con pocos miramientos, pero al retorcerle el brazo para reducirlo, una pistola le encañonó el pecho. El guardia retrocedió con las manos en alto y un grito rasgó el silencio desde el fondo de la sala. El público intentaba discernir si aquello formaba parte del